

## Prólogo

---

*Inglaterra*

*11:26 p.m.*

El acto más miserable que un ser humano puede llevar a cabo es la traición. Alfred lo sabía, pero su conciencia hacía ya demasiado tiempo que había perdido completamente el norte. Esa noche tan solo era una noche más en la espiral de autodestrucción en la que se había convertido su vida. La suerte estaba echada.

A medida que se iba acercando a su destino, comprobó con hastío cómo unas cuantas gotas de agua salpicaban nuevamente la luna del coche. Era otro día primaveral más en las Islas Británicas, en el que la lluvia era la tónica general. Estaba harto de ese maldito clima. Se juró a sí mismo que si todo salía como estaba planeado, se iría a un país con sol todo el año.

La carretera por la que circulaba comunicaba Londres con un lugar muy concreto de la costa sudeste. Estaba bien asfaltada, y eso le permitía disfrutar de la conducción. En sus últimos kilómetros el trazado jugueteaba con el mar, lo bordeaba por abruptos acantilados que en algunos puntos llegaban a ser realmente vertiginosos; a pesar de la seguridad que sentía en sí mismo y en la estabilidad de su *BMW* deportivo prestado, debía extremar las precauciones. No podía permitirse ni el más mínimo error.

Al llegar a un cruce de caminos, giró a la derecha y se metió por un sendero en el que otrora pastores locales llevaban a sus rebaños de ovejas a los grandes pastos que se encontraban al otro lado de las montañas. Era un camino sin asfaltar, de no más de dos metros de ancho y con una capa de barro de al menos cinco centímetros. Continuó por él unos ciento cincuenta metros y

se introdujo en la frondosa arboleda que flanqueaba el sendero. Allí detuvo su coche, bajó de él y lo ocultó con ramas y hojas que previamente había colocado para usarlas de camuflaje llegado el momento. A partir de ahí siguió a pie hasta su destino, avanzando bosque adentro en dirección este. A pesar de que era ya noche cerrada, no disponía ni siquiera de una linterna para ver. No podía permitirse el lujo de llamar la atención de ninguna manera. Le bastaba con la escasa luz que en aquella noche podía ofrecerle la luna menguante de abril; aunque se conocía el camino tan bien que incluso podría hacerlo con una venda tapándole los ojos.

Al traspasar el nutrido bosque, se abrió ante él una vasta extensión de césped del tamaño de al menos tres campos de fútbol que le separaba de la imponente edificación que se levantaba en el otro extremo. Para poder entrar en la explanada, primero debía cortar la alambrada que lo delimitaba. Sacó unas tenacillas y la cortó sin mayores problemas. Esa era la parte fácil; a continuación llegaba el punto más delicado de su plan. Era el punto en el que alguien podía verle cruzar; ya fuera uno de los guardias que protegían el castillo, el hombre que custodiaba la sala de cámaras de seguridad, o cualquier otro empleado que trabajara allí. Conocía a la perfección todos los horarios y entresijos del funcionamiento de aquel lugar. Sabía que las cámaras de seguridad tenían un par de puntos ciegos que apenas duraban unos pocos segundos, los suficientes para poder aprovecharlos y llegar al otro extremo sin que le vieran. A pesar de que sabía que era factible, no las tenía todas consigo. El más mínimo cambio, por el motivo más estúpido del mundo, podría delatar su posición y dar al traste con todo el plan. No quiso pensar más en ello. Esperó agazapado entre la maleza, haciendo un vano intento por controlar sus pulsaciones. Estaba nervioso, y lo sabía. Tenía que correr lo más rápido que pudiera para llegar al otro extremo en tan solo un minuto, y trazando un recorrido muy concreto. Había ensayado esa carrera decenas veces. Se había entrenado como lo hace un atleta para unos Juegos Olímpicos, y sabía que lo podía conseguir; pero nunca lo había hecho

con la adrenalina saliéndosele por los ojos y la presión añadida de que le pudieran coger. Por enésima vez, miró su reloj. Era la hora. Salió como una liebre de su escondrijo y corrió como si le persiguieran mil demonios. Trató de no pensar en nada más que simplemente correr, y cuando ya casi no le quedaba espacio en los pulmones para dar otra bocanada más de aire, logró tocar la pared del edificio. Le pareció que estaba fría como el hielo, algo lógico teniendo en cuenta que su temperatura corporal había aumentado considerablemente. Miró de nuevo su reloj: «11:59:43». Era la carrera más rápida que había hecho nunca. Al parecer, la adrenalina había influido positivamente en su cuerpo. «Creo que lo he conseguido», pensó orgulloso.

Apenas tardó un momento en recuperar el aliento. Muy lentamente fue deslizándose, pegado a la pared, en dirección norte. Unos treinta metros más allá había una entrada en el suelo que conducía a un sótano. Como ya sabía, estaba cerrada con un candado, del que no tardó en desprenderse con una habilidad pasmosa. Abrió la puerta con todo el sigilo del mundo, y entró. Ya no le quedaba mucho. Ascendió desde el sótano por unas escaleras interiores que conducían a un pasillo lateral, y este a su vez al pasillo principal. No era la primera vez que estaba en ese lugar. Fue siguiendo el recorrido marcado con franca seguridad hasta llegar a las escaleras principales. Estaba seguro de que nadie le había visto. Todo el personal propio de la casa estaba ya durmiendo. Por si acaso, echó un vistazo alrededor para comprobar que no había moros en la costa, y ascendió lentamente por la escalinata, una obra de arte de la época victoriana de un valor incalculable. Giró a la derecha y divisó un reguero de puertas a ambos lados del pasillo, y una puerta colosal al final. La conocía bien; su tacto, sus grabados e incluso su historia. Era la hora de atravesarla y ejecutar lo que había ido a hacer. Giró muy suavemente el picaporte, entró con mucha delicadeza y cerró tras de sí. Se quedó contemplando la escena durante un par de minutos. Ahí estaba él, durmiendo plácidamente. En ese momento se le pasaron por la cabeza todas las cosas que había vivido junto a ese hombre que yacía en la cama, ese ser que tanto le

había dado y enseñado, y a quien le partía el corazón tener que matar. «Es lo que tengo que hacer. Es la única alternativa». Nunca había matado a nadie, y menos a sangre fría. Sin duda este era el paso más difícil y más duro. No había preparación alguna para hacerlo. Todo se reducía a si sería o no capaz llegado el momento; pero ya no había vuelta atrás. Todo estaba dispuesto. Con decisión, agarró fuertemente un cojín de la butaca más cercana a la cama, lo colocó en la cara del hombre y apretó con vehemencia largo rato, resistiendo las débiles contracciones que ese cuerpo envejecido podía ofrecer. Fueron los veinte segundos más angustiosos de su vida. Tanto fue así, que no pudo evitar que dos lágrimas brotaran espontáneamente de sus ojos y se derramaran sobre el cojín. «Lo siento mucho, viejo».

Montgomery Balloch nació en 1932 en Aberfeldy, una pequeña aldea en el centro de Escocia. Él era el menor de dos hermanos. Su padre, Cameron, había sido durante la mayor parte de su vida un humilde jornalero errante sin un techo fijo bajo el que cobijarse, hasta que harto de llevar esa vida, decidió asentarse por fin en un solo lugar y trató de encontrar un trabajo digno con el que ganarse la vida. En la actualidad se encargaba de pastorear un rebaño de unas trescientas cabezas de ganado propiedad de diferentes terratenientes de la zona. Su madre, Margaret, se dedicaba a administrar los pocos recursos que entraban en la casa para no morir de hambre o frío.

Todos vivían en una especie de cabaña con estructura de madera, forrada con piedra, y remendada en su totalidad con todo tipo de materiales, en un vano intento de impermeabilizarla contra el viento, el frío y la constante y pesada lluvia escocesa. Años atrás fue usada como refugio para ganado, hasta que la generosidad de un terrateniente hizo que fuera donada a la familia Balloch para que pudieran sobrevivir allí.

La cabaña constaba únicamente de un espacio común donde se las arreglaban para realizar todas las actividades cotidianas. Al fondo, en la esquina derecha, dos sucios jergones hacían las funciones de cama. Justo a la izquierda se situaba la chimenea, donde Margaret metía insistentemente troncos de leña para calentar el ambiente, y donde preparaba pucheros a base de gachas para engañar el hambre de sus pequeños. En la entrada, iluminada por un ridículo ventanuco, apenas había una mesa de madera desvencijada con cuatro taburetes y un pequeño baúl donde guardaban las escasas pertenencias que poseían.

Lo cierto es que, a lo largo de su infancia, Montgomery nunca pudo llevar una vida de niño normal, en la que los juegos y la educación deberían de haber sido su día a día. Al igual que su hermano mayor, él tenía que ayudar con las tareas domésticas: ir a buscar leña, cortarla, e incluso buscar frutos silvestres o cualquier otra cosa comestible que pudieran llevarse a la boca. También ayudaban a su padre con el rebaño en ciertas ocasiones si así era preciso. Digamos que no eran los niños más felices del mundo, pero asumían su papel con una madurez que muchos jóvenes de veinte años aún no habían adquirido.

En 1942, una maldita guerra cambió la vida de millones de personas, pobres, ricos, judíos, caucásicos y de todo tipo de raza o condición. La familia Balloch, por desgracia, no fue una excepción. El 2 de octubre de ese fatídico año, el padre y el hermano mayor de Montgomery fueron llamados a filas. Por lo visto, los enemigos eran los alemanes. Poco importaba. Por aquellos días Montgomery contaba diez primaveras, y sabía perfectamente que ese acontecimiento podría arrebatarle para siempre a dos de sus seres queridos; aunque no quiso perder la esperanza de antemano.

El día que partieron apenas pudo contener las lágrimas. Se había prometido a sí mismo ser fuerte, al menos más fuerte que su madre, y empezar a ejercer así de hombre de la casa; pero fue demasiado para él. No dejaba de ser un crío al que la vida había tratado demasiado mal, y se derrumbó a las primeras de cambio. Los cuatro se fundieron entonces en un lacónico abrazo que se prolongó largo rato. Ninguno de ellos estaba preparado para lo que vendría después. Fue su padre quien asió a su primogénito por el hombro y tiró de él con decisión. Ambos dieron media vuelta, y emprendieron el camino más amargo de sus vidas. Montgomery y su madre se quedaron sollozando, viendo cómo parte de sus propias almas se alejaba ladera abajo. Aún no lo sabían, pero esa sería la última vez que los verían.